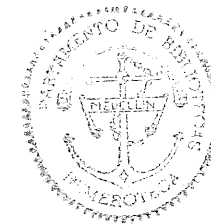


Francia rural, Francia urbana: Confrontación



Georges Duby *

Traducción de MARIA CECILIA GOMEZ B.

Hoy soy muy consciente de que cuando Armand Wallon y yo elaboramos el proyecto de una **Histoire de la France rurale**, lo hicimos sin esfuerzo. Estimulados por la curiosidad cada vez más fuerte de los franceses por su pasado rural. Animados por el ejemplo de empresas análogas llevadas a cabo desde hace algún tiempo en Alemania y en Inglaterra. Sólidamente apoyados en una acumulación de investigaciones anteriores: los largos trabajos de historiadores, a menudo precedidos por los de los geógrafos quienes, en gran parte de las provincias de Francia, ya habían perfectamente esclarecido la evolución secu-

lar de los paisajes y de las sociedades campesinas. Existían sobre todo precedentes, los luminosos ensayos de Gaston Roupnel, de Marc Bloch. De vieja data la vía está trazada. Toda una corriente nos arrastraba.

La **Histoire de la France urbaine** viene a completar naturalmente esta primera obra. Escribirla, en verdad, no fue tan simple. No porque los puntos de apoyo faltasen. Igualmente en este dominio las aproximaciones monográficas abundaban. De excelente calidad en la mayor parte, eran sin embargo más puntuales. Era necesario por consiguiente confrontar observaciones diseminadas en un amplio espacio. Había que conjugarlas en la muy larga duración, de un extremo a otro de la historia; localizar ritmos, continuidades, rupturas. Era

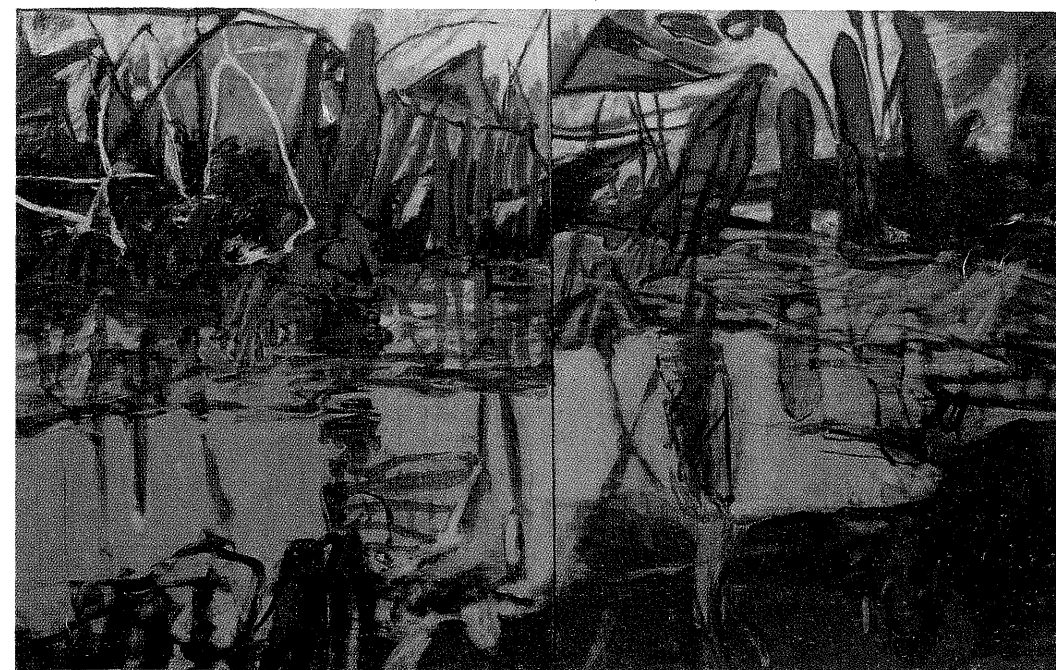
* Prefacio de la obra *Histoire de la France Urbaine*, editada bajo la dirección de Georges Duby. París: Seuil, 1980.

preciso, ante todo, definir mejor lo que es el fenómeno urbano y cuál fue su lugar en el desarrollo de conjunto de un vasto sistema económico y político, de una formación social y cultural también bastante compleja. Y esta vez, no había modelo. No existe historia urbana de Inglaterra, ni de Alemania. No se la encuentra en ninguna parte. Entre consideraciones generales, de las cuales algunas son bastante valiosas, sobre la ciudad y, por otra parte, una profusión de estudios consagrados cada uno a la historia de tal o cual ciudad, no había ninguna tentativa que prefigurara la nuestra. Por esto el sentimiento nada confortable de aventurarnos sobre pistas indecisas. En cambio, la esperanza de hacer una obra pionera. De hecho, si el trabajo fue más arduo, parece claro que sus resultados sean bastante nuevos.

No he dicho nada de otra emboscada, más insidiosa. Teníamos ante nosotros la **Histoire de la France rurale** completa. ¿Cómo debíamos con relación a ésta, situar la nueva empresa? Una circunstancia nos favorecía. Ocurre que, desde hace casi medio siglo, los historiadores franceses han colocado en uno de los puntos cruciales de su problemática el examen de las relaciones entre ciudades y campos. En los años cincuenta, se trabajaba más diligentemente que nunca sobre este tema. A propósito de cada período histórico (y las encuestas más osadas, las que se adelantaban hacia el pasado más próximo, se encontraban naturalmente asociadas con las interrogaciones de los geógrafos, sociólogos, economistas), cuando se trata de evidenciar los modos de producción, de repartición, de consumo, la disposición de las relaciones sociales o de las actitudes mentales, aparecía necesario observar de muy cerca la manera en la cual el contacto se establece entre el mundo urbano y el mundo rural. Dos mundos que en efecto siempre

se comunican, pero cuya evolución no prosigue sobre las mismas cadencias, y que permanecen, más o menos de forma franca, más o menos conscientemente, separados el uno del otro. El uno con respecto al otro en estado de hostilidad receptiva: un intercambio constante de servicios los une, comportamientos los distinguen, prejuicios los dividen, un conflicto los opone permanente y siempre desigual. Estas largas investigaciones aportan hoy sus frutos. Ellas sitúan claramente la línea de fractura o de unión. Esto nos ayudó a localizar nuestro programa, a limitar convenientemente nuestro objeto. Pero al mismo tiempo nos incitaba a la prudencia. Pues precisamente, lo que aparecía a un lado y otro de esta línea de unión (o de ruptura), no son dos conjuntos neutros, ofrecidos a la observación objetiva. Son dos valores enfrentados. Valor citadino, valor campesino. El primero mostrado como dominante desde arriba al segundo. Esto por una razón muy simple: en todo tiempo, los objetos culturales más sólidos y todas las expresiones de la ideología dominante se han labrado en la ciudad. Una de estas expresiones es precisamente el discurso histórico. Por este motivo, todos los historiadores del fenómeno urbano que nos han precedido han compartido la convicción de que la ciudad fue siempre el foco irradiante del progreso, el motor del crecimiento, el único lugar donde pudo expandirse una cultura avanzada. Ellos han considerado por contraste el medio rural como testarudo, limitado, pasivo y rutinario. ¿No iría la pesantez de la tradición historiográfica a inclinarnos también sin poner cuidado, a sobrestimar el dinamismo, la independencia, la superioridad de las ciudades? Este era el peligro mayor. ¿Estamos seguros de haberlo siempre esquivado?

No obstante, cada vez más, se vuelve una idea más incierta pensar que vivir en



Marta Ramírez: "Agua compuesta", díptico, 1993, acrílico sobre lienzo, 240 x 150 cms.

la ciudad es apostar a las vanguardias de la felicidad. La nostalgia más apremiante de un "mundo que hemos perdido", la fuerte ola del nuevo romanticismo que trastorna hoy los modos de vivir, el fastidio que nos invade poco a poco por la civilización industrial, la preocupación de no seguir siendo ya de ninguna manera esclavos, y este interrogante cada vez más ansioso: ¿de qué está hecho el verdadero progreso? Todo esto lleva a reconocer mejor que las fuerzas vivas han podido situarse, para una parte al menos, y más en ciertos períodos, fuera de las ciudades. Mientras que se esboza el lento reflujo de un mito que colocaba en el pináculo todo lo que tiene que ver con la ciudad, estoy seguro de que es el buen momento del historiador para retomar los documentos, ponerlos a prueba, criticar los trabajos anteriores con el fin de liberar sus conclusiones de una influencia ideológica que quizás los ha deformado. Finalmente, que una *Histoire de la France rurale* hubiese sido escrita nos llevaba a formular más rigurosamente las preguntas.

→ Y para comenzar, esta pregunta: ¿qué es una ciudad? La respuesta es menos simple de lo que parece. ¿Será suficiente referirse a dos criterios, uno demográfico, el otro económico? Comúnmente esto se hace todavía. Se considera el tamaño: se dice que tal aglomeración cae por fuera de la ruralidad desde que el número de sus habitantes sobrepasa un cierto umbral; ¿pero dónde situar precisamente este punto crítico? Se considera la actividad: urbanas son las localidades donde el comercio y la fabricación predominan sobre el trabajo de la tierra. En nuestras maneras de juzgar, esta doble definición está sólidamente instalada. Es cómoda, especialmente para los administradores; autoriza fáciles clasificaciones estadísticas: basta con contar la gente, enumerar las catego-

rias profesionales. Subrayemos en forma clara que los dos criterios, el primero sobre todo, responden primordialmente a las estructuras del Estado moderno: la larga práctica de funcionarios encargados de organizar a los sujetos, los electores, los reclutas, los contribuyentes, hizo que se implantara allí la costumbre. Son por otra parte los dos, el segundo sobre todo, muy dependientes de ese mito del progreso del cual acabo de decir algunas palabras: la presión de las ideologías conectadas al modo de producción capitalista favorece su éxito. Con respecto al pueblo que está hundido en sus lentitudes, ¿no está la ciudad escapando a las sujeciones del orden natural con su mercado ampliamente abierto a los intercambios, con el nudo de la circulación monetaria, con el vasto taller donde el hombre industrioso fabrica objetos libremente? ¿No es ella el punto donde se concentran a la vez los patronos y el proletariado obrero, las formas más activas del capital y del trabajo, es decir las fuerzas que entrañan un progreso confundido con el crecimiento económico? ¿No es, por ello mismo, el campo privilegiado de los combates por la libertad? Ciertamente.

Conviene, sin embargo, preguntarse si, para hacer la historia del fenómeno urbano en la larga duración, es permitido contar sólo con una definición tan sumaria. Si esto no ha conducido algunas veces a exagerar rupturas, a hablar demasiado rápido y demasiado alto de decadencia y de resurgimiento, a desconocer lo que constituía para los hombres de los siglos pasados (y es claro que es la mirada que ellos han tenido la que cuenta, no la nuestra) la diferencia entre la ciudad y el campo. Abro un tratado de geografía de finales del siglo XVIII, allí encuentro, en las listas que enumeran cuidadosamente las ciudades de Francia, Séz (es un obispado), Tré-

voux (es una sede parlamentaria), Sarebourg (es un fuerte). Ninguno de estos lugares puede aparecer como un sitio evidente de vitalidad económica y demográfica. En cambio, ni Le Creusot ni Anzin son citadas, localidades no obstante ya pobladas y bastante activas. Retrocedamos bien lejos hacia el pasado hasta el Lacio en los alrededores del año mil. Pierre Toubert escribe en el importante análisis que propone de las formas de hábitat, concentrado y fortificado, de esta región: "un género de vida urbana es imperceptible, cada quien puede, de acuerdo a su inclinación, considerar la ciudad como un pueblo monstruoso o, por el contrario, ver en cada pueblo una especie de ciudad miniatra, rica en funciones económicas diversificadas y con una estratificación social compleja". Sin duda, es éste el caso extremo, mediterráneo; es además exterior al espacio francés. Pero en Francia, un poco más tarde, en el siglo XII, los hombres que sus contemporáneos designaban como "burgueses" ¿no eran en buena parte aldeanos, agricultores, distinguidos de los otros, no por su género de vida, sino por los privilegios jurídicos de los cuales gozaban? En Francia, todavía más cerca de nosotros, en Arles, gran ciudad provenzal que estudia Louis Stouff a fines del siglo XV, en Romans, gran ciudad delfinesa que estudia Emmanuel Le Roi Ladurie a fines del siglo XVI, los "labriegos", los pastores, los trabajadores de los campos y de las viñas eran la mayoría. Y, en la Provenza del siglo XIX, Maurice Agulhon descubre en Lambesc, en la Garde-Freinet, en los Méas, a la sombra de algunos almecinos de la plazoleta, comportamientos, actitudes de pensamiento que lo disuaden de considerar estas pequeñas aglomeraciones como simples pueblos. A todo lo largo de su historia, la ciudad no se caracteriza pues ni por el número, ni por las activida-

des de los hombres que habitan allí, sino por los rasgos particulares de estatuto jurídico, de sociabilidad y de cultura. Estos rasgos se derivan del papel primordial que ocupa el órgano urbano. Este papel no es económico. Es político. **Polis**, la etimología no es engañosa. La ciudad se distingue del medio que ella rodea, en lo que ella es, en el paisaje, el punto de enraizamiento del poder. El Estado crea la ciudad. Sobre la ciudad el Estado toma asiento.

El que la naturaleza específica de las ciudades sea de orden político, que lo sea también su función esencial y permanente, se lo observa inmediatamente en los trazos que sobre el suelo de la Galia, en el linde de los tiempos históricos, ha dejado la ciudad. **Civitas**: esta palabra en el lenguaje que los conquistadores romanos impusieron a estas regiones cuando las subyugaron, designaba a la vez el territorio ocupado por un pueblo y el área particular que formaba el núcleo de esta célula. La ciudad, que es instrumento de regulación, aparece por esencia como capital central desde que se disipan las tinieblas de la protohistoria. Es medio, yema de un sistema de soberanía. La capacidad de gobernar y de asegurar el orden general se condensa en este punto focal. Se despliega en su plenitud. De allí emana. Se propaga desde allí hasta esas marcas fronterizas, de ordinario silvestre y desiertas, que separan la ciudad de sus vecinas construidas de manera semejante. Extensiones rústicas que la rodean y que tiene vocación de organizar, la ciudad es pues indisociable. La singulariza el que ella representa el lujo, el orgullo, muestra el modelo de su perfecto ordenamiento. La originalidad del espacio urbano se sostiene en esto.

No siempre está encerrado en mura-llas, ni completamente edificado. De ordinario se ha dejado lugar en su interior a

jardines, praderas, o incluso campos. Sucede en cambio que las construcciones desbordan sus fronteras. La muralla no es lo propio de la ciudad. Los edificios dispuestos en el centro de los dominios agrícolas y las casas de las aldeas se agrupaban también en el seno de un cercado; dentro de todos estos islotes protegidos, como dentro de la ciudad, las reglas jurídicas no eran del todo parecidas a las que se aplicaban por fuera. Una tal similitud explica quizás que el término latino **villa**, que designaba a la vez la corte señorial y la aldea, haya podido durante las fases de progresiva ruralización, extenderse a las ciudades en las hablas populares, para terminar bajo la forma derivada que reviste en la lengua francesa, designándolas sólo a ellas. Sin embargo, la ciudad se distingue de los otros espacios cerrados en la majestad de sus puertas. Por puntos obligados de control, revestidos de signos simbólicos de la soberanía y del acceso, conviene en efecto penetrar solemnemente en la zona donde reside la autoridad pública. En el día prescrito, el pueblo entero es invitado a franquear estos umbrales, a reunirse en el perímetro de la ciudad para no formar ya más que un sólo cuerpo. Allí, cada ciudadano, en el lugar que le corresponde a su rango, participa en las representaciones del poder. La ciudad es el gran teatro del civismo. A esta escena conviene un decorado. Para que allí se desarrollen convenientemente las exhibiciones pomposas del poder, el espacio urbano debe ser ordenado de una cierta manera. Gobernado, sujeto a la regularidad por las estrictas disposiciones de lo que se llama, a justo título, el urbanismo. En razón de la función que ella cumple, la ciudad se ordena en un plan regular. Por naturaleza ella es monumental: edificios de prestigio se alinean alrededor de la plaza, extensión abierta, ornamentada, donde se desfila y

donde se habla, donde las órdenes son comunicadas en las arengas, donde el magistrado dice, públicamente, lo que es justo y lo que merece ser rectificado. Por sus estructuras, la ciudad tiene la misión de exponer a la mirada lo que es el orden. Rectitud: el ángulo recto, una área regida por la razón donde las energías de la naturaleza, tumultuosas, se presentan domesticadas, domadas. Es el caso de las aguas corrientes. Canalizadas desde fuentes lejanas, ellas convergen de todas partes hacia la ciudad, hacia las fuentes rebosantes, emblemas mayores como lo son las puertas. Frente al desorden natural, la ciudad, imagen del poder ordenador, celebra las victorias de la cultura. Ella seduce por medio de la exhibición que hace de la civilización bajo sus formas culminantes.

A mis ojos, esta función simbólica fue la primera. De ella se derivan (digo claramente se derivan) los rasgos particulares de la sociedad y de la economía urbanas. En efecto, cualquiera que deseara ser plenamente ciudadano, tomar su parte del poder, beneficiarse de sus provechos, hacer carrera en las instituciones del Estado, se esforzaría en aproximarse al centro de la **civitas**. Los más ricos lo lograban, los hombres que sacaban de sus posesiones rurales la más grande fortuna. Todos, vivos o muertos. En la época, la ley relegaba las tumbas a la periferia de la ciudad. Los difuntos se instalaron en sus puertas, ordenados a lo largo de las vías que drenaban las reuniones del pueblo en los grandes momentos de comunión política. En el **suburbium** se extendieron las necrópolis, vastas ciudades de los muertos, orgullosas también, que manifiestan por la pompa monumental su superioridad sobre los cementerios rurales. En cuanto a los vivos ellos edificaron su residencia, al lado de los edificios públicos.

En estos albergues dispuestos como lo eran las moradas campestres de la aristocracia, una vasta "familia" acompañaba al dueño cuando venía allí a pernoctar, sus padres, sus huéspedes, toda una servidumbre. Dentro del espacio urbano cohabitaban de esta manera el pueblo de los servidores, masa subyugada, estrechamente dependiente, con esta pequeña élite de nobles que se beneficiaba de todos los poderes de sujeción cuyo foco era la ciudad. En medio del territorio, la función política de la aglomeración urbana agrupaba pues en una yuxtaposición brutal los más altos grados de la libertad y los más bajos de la servidumbre.

Mantener esta población violentamente contrastada incumbía a los campos. La ciudad en efecto no existía más que por ellos. Para alimentarse, embellecerse, prodigar sus encantos, le era necesario insertarse en las fuerzas productivas del imperio campesino. Al ser excrecencia política, explotaba naturalmente sus recursos. Las punciones de las que se alimentaba su opulencia tomaban dos formas. La una pública: los trabajadores de las aldeas, de los aldeorrios y de los caseríos aislados debían pagar el precio de los servicios obtenidos, de la paz que la magistratura urbana hacía reinar, del orden mantenido, de todos los modos de regulación y de medida, cuya aglomeración capital era, para toda la ciudad, dispensadora. Mucho más considerables eran las deducciones que procedían de una autoridad privada. Los nobles residentes ordenaban que fuera escoltado hacia su estancia citadina el aumento de cosechas de sus posesiones rurales; extraían la mano de obra necesaria entre sus sirvientes; el monto de los censos y de las rentas aprovisionaba sus despendas. Por naturaleza la ciudad prosperaba como rentista de un suelo rústico. Consideraba éste para su bien, su anexo,

su dependencia. Recientemente han sido llevadas a cabo investigaciones en una región favorable para las prospecciones arqueológicas en Africa del norte, en la ciudad de Charchell, Cesarea de Mauritania. Ellas dan a conocer claramente una nebulosa de grandes dominios nutricios implantados en círculos concéntricos alrededor del núcleo urbano, que constituyen como sus pedúnculos, las raíces ampliamente irradiadas de la flor de civilización y de disfrute que se veía abrir en la proximidad del forum. Este aparato ramificado de prensión no cubría sin embargo toda la extensión de la *civitas*. Entre los confines salvajes y la zona cuadrículada por las *villae*, quedaba sitio para algunas aldeas de cultivadores libres y para los campamentos de pastores. A esta gente se le exigía menos estrictamente. Debía no obstante dar algo a los recaudadores del impuesto público. Todo lleva a pensar que estructuras de explotación análogas se establecían en todas las ciudades de la Galia romana, en los alrededores de Bourges, de Rouen o de Clermont. Por el efecto de un sistema fiscal complejo, la riqueza convergía de esta manera hacia la ciudad. Venía a verse allí como se vertían las aguas vivas, traídas de todos los lados por los acueductos y que corrían en oleadas a los estanques, a las fuentes, a las piscinas. Y todo para el placer.

Pues importaba que el fruto de estas extorsiones fuera derrochado en operaciones de prestigio. La ciudad se debía exhibir (era la prenda misma de su hegemonía), como el ejemplo de una existencia menos mezquina, sustraída de las trabas de la parsimonia y de la labor. Liberal, en el pleno sentido de este término. ¿No estaba el espacio urbano, por naturaleza, dedicado a la fiesta, no era el lugar pues de la gratuidad y de los consumos inútiles? Pródigas, las ciudades rivalizaban entre

ellas para mostrar que su plaza principal sobrepasaba a las otras por el esplendor de sus ornamentos. Sujetos al evergetismo, los nobles estaban forzados a multiplicar las munificencias para conservar su preeminencia. Las manos siempre abiertas, que ofrecen juegos uno tras otro, que enriquecen el decorado monumental, que distribuyen a puñados los regalos, las ayudas. Y su largueza provocaba la afluencia de los indigentes, de los socorridos, de todos los aventureros. La propensión nativa a los fastos ostentosos, la voluntad de vivir de manera diferente a como se vive en los campos suscitaron en cada ciudad el desarrollo del comercio y del artesanado. Alrededor de la plaza, era necesario que florecieran las "artes" (entendamos por ello las maneras refinadas de tratar la materia bruta para el ornamento del cuerpo o del espíritu). Se encontraban allí ofrecidos, de esos artículos exóticos, fascinantes en la medida misma en que el terruño no los producía. Se fabricaban allí objetos siempre menos burdos, siempre menos "rústicos". Se enseñaba en ella las maneras civiles de expresarse y de comportarse que distinguen al hombre honesto del campesino. La fractura tiende sin cesar a abrirse entre la urbanidad y la rusticidad, aunque sin cesar el esplendor del género de vida urbano se refractara por mimetismo en el entorno rural.

Tentacular, la ciudad en efecto captura los bienes que la hacen opulenta y a los hombres a los que esta opulencia atrae. Pero en cambio dispensa alrededor de ella la menuda moneda de la felicidad. A lo largo de los caminos que irradian en torno a cada ciudad galo-romana, que sirven de asiento a su dominación y propagan sus consignas, se establecieron posadas donde se reflejaban más o menos atenuados los prestigios citadinos. La aristocracia conservaba el gusto por los placeres agrestes,

placer de la caza, placer de la agronomía, bre la plebe del dominio. Sólo residía pues placer de afirmar su completo poder sobre la ciudad por períodos. Quería que al confinar con las edificaciones de explotación, la *pars urbana* de sus dominios campesinos fuera la réplica de las bellas moradas urbanas. Mientras que en los *vici*, los caseríos satélites de la *civitas*, nobles de segunda zona se esmeraban en copiar los comportamientos de la plaza principal. Predadora y generosa, la ciudad fue de esta manera civilizadora. Educó, expandió el progreso técnico y los beneplácitos de la vida, mostró cómo producir mejor y cómo consumir todavía más. Empero, derivadas de lo político, sus funciones económicas y culturales eran, lo repito, secundarias. Como lo fue primitivamente su función religiosa. Sin duda un poco de sacralidad se liga siempre al ejercicio del poder. Del decorado monumental plantado en el centro urbano, los templos formaban el elemento mayor. Sacerdotes se encargaban de estos templos y en las ceremonias del civismo se honraba también las divinidades tutelares. No obstante, los dioses estaban en todas partes, y mucho mejor para su comodidad, menos distantes de sus fieles, cerca de las fuentes y de los antros, en el seno de los bosques, en el dominio de lo salvaje y de la naturaleza indómita, es decir, en el fino fondo de lo rústico.

En Galia, durante la antigüedad tardía, y por el efecto de las transformaciones que sufrió en aquel entonces el Estado romano, como repercusión por consiguiente de una evolución política, la amplificación de la función religiosa y la de la función militar empezaron a modificar la configuración de las ciudades. A comienzos del siglo IV, el cristianismo fue reconocido oficialmente como la religión del imperio y las instituciones de la Iglesia cristiana se incorporaron a las instituciones públicas.

El obispo tomó lugar en el **ordo**, en la jerarquía de las dignidades, y vino a establecerse, como convenía a su grado, en el centro mismo de cada ciudad. **Intra muros.** La iglesia catedral, el lugar donde el prelado celebraba con las pompas necesarias los oficios mayores del nuevo culto; donde residía como magistrado, pronto el más prestigioso de todos, dotado de poderes juzgados siempre más eficaces; donde se encontraba su cátedra, se fijó pues en la proximidad, a veces en el emplazamiento de los templos paganos de la ciudad. Ante todo los dominadores. Este santuario no era en efecto de ninguna manera, como los que lo habían precedido, el cuadro de un ritual sin fervor. Se bautizaba a los fieles en su puerta. Las gracias redentoras manaban de él. Se apropió los poderes de atracción del forum. Por pseudomorfosis el cristianismo se insertó en los cuadros más eminentes de la civilización y del poderío, es decir, en las armazones urbanas. Los llenó de una savia vigorosa. Al mismo tiempo que la ciudad de los vivos, colonizó la de los muertos. Entre las necrópolis, basílicas cristianas, a cargo de las comunidades religiosas, entreveraron el espacio suburbano. Su establecimiento preparaba una translación de importancia capital, el transporte de los cementerios mayores hacia el interior de la aglomeración, cerca de la catedral y de sus anexos. Todos los establecimientos religiosos que se concentraban en la ciudad y sus confines obtenían su aprovisionamiento, como las familias de los nobles, de un patrimonio ampliamente extendido en la campiña y que las limosnas de los fieles no dejaron de aumentarlo durante medio milenio. Esta fortuna de tierras siempre creciente les procuraba el medio de celebrar fastuosamente los ritos festivos y de socorrer a los pobres. Por esto la cristianización vino a reforzar el poder de explotar el trabajo

campesino del cual, desde su fundación, disponía la ciudad. Finalmente, el contraste cultural se acentuó entre el territorio rural y la ciudad cuando ésta agregó a sus prerrogativas políticas un privilegio, el de ser santa. Pues los campos no lo eran. Ellos servían de guarida a las antiguas creencias, a las supersticiones, a los sortilegios. Allí estaban agazapados los monstruos, los falsos dioses y los demonios. Tierras de misión durante siglos. Todavía en el año mil algunos obispos partían a derribar ídolos, echar por tierra árboles sagrados y enarbolar cruces cerca de fuentes milagrosas. No ejercían nada diferente de la autoridad reguladora de la que la ciudad los había dotado desde siempre. Los grandes de la ciudad sostenían su acción. Convertidos los primeros, habían instalado oratorios en su residencia campestre, imponiendo, si no la fe nueva, al menos sus prácticas a sus domésticos y a sus siervos. El poder urbano, el del obispo, erigió progresivamente estas capillas en iglesias bautismales, tomando así la diócesis en una red cada vez más apretada de parroquias rurales. Cuadrícula. ¿Cuánto tiempo duró este trabajo misionero cuyos equipos de predicadores populares, finalmente provenientes de conventos citadinos, tomaron más tarde el relevo? La doctrina cristiana, se sabe, recubría aún las conciencias en el umbral del siglo XIV con una película bastante fina en el pueblo apartado de Montaillou, más delgada aún en su región interior de pastoral religiosa. Cien años más tarde, en Domremy, no obstante aldea fortificada, Juana de Arco iría con sus compañeros a participar alrededor del árbol de las hadas en los ritos primaverales, lo que permitió acusarla de hechicería. Devoción urbana, paganismo rural. Contraste, enfrentamiento muy lentamente reabsorbido por el juego conjugado de un sistema de encuadramiento y de mimetismo;

pero para recobrar pronto vigor, invertido, cuando los campos se convirtieron en baluartes de la práctica religiosa y las ciudades en focos de la indiferencia.

La intrusión del militar en el cuadro de la ciudad había sido más precoz, como lo había sido la inseguridad. La amenaza del pillaje obligó a sustituir el límite jurídico que cerca simbólicamente el espacio urbano por una pantalla protectora eficaz. El antiguo cerco fue reforzado, fortificaciones edificadas cuando él no existía. El dispositivo de defensa se cerró poco a poco. Algunos de los monumentos de diversión o de prestigio se convirtieron en ciudadelas. La ciudad se encogió, se aisló todavía más. Un puño cerrado. Lo que le confirió un papel suplementario: apareció, en el momento del peligro, como último recurso de la población del territorio. Esta función guardiana fue también retribuida. Justificó el levantamiento de requisiciones nuevas. Esta doble modificación implantó en la sociedad urbana dos grupos que pronto la aventajarían en número y en potencia, el de la gente de iglesia y el de los guerreros. Y desde entonces, se encontraron unidos estrechamente en la ciudad tres oficios, los tres factores de su supremacía: hacer respetar la ley, velar por la salud de las almas, rechazar a los invasores. El palacio, la catedral, la muralla: tres edificios que manifiestan tres misiones asociadas. Tres criterios a los cuales se refieren todavía los tratados de geografía del siglo XVIII cuando clasifican entre las ciudades francesas a Trévoux, Séz y Sarrebourg, sedes de parlamentos, obispados y plazas fuertes.

Esta triple función, judicial, religiosa y militar, subsistió cuando el Estado romano finalmente se derrumbó. Pero fue en lo sucesivo, y durante muchos siglos, dividida, puesto que la descomposición polí-

tica provocó la dispersión en el espacio rural de los poderes que mantenía reunidos cada ciudad. Fueron fundados primero monasterios exentos, luego capítulos canónicos, lo que dividió la diócesis e hizo restringir el campo donde se ejercía directamente la autoridad del clero urbano. Fueron edificados castillos: el área que los magistrados y la guarnición de la ciudad mantenían en paz y en justicia se fraccionó en numerosas células autónomas. El paisaje rural se salpicó de torres y de campanarios, emblemas de la soberanía cuya congregación en el espacio urbano afirmaba en otro tiempo la exclusiva dominación de la ciudad. A esta dispersión del poder es a lo que llamamos la feudalidad. Ella provocó la brusca y radical retracción de las prerrogativas políticas de la ciudad, y por repercusión, de la influencia que ejercía sobre la economía campesina. Debilitamiento, empobrecimiento, despoblamiento, decadencia, sin lugar a dudas. Pero en ningún modo naufragio, total disolución del organismo urbano en la ruralidad. Algunas ciudades, Maguelonne, Thérouane, se perdieron en aquel entonces. Sin embargo fue por accidente: se trata allí de excepciones rarísimas, y que no permiten decir que hubo verdadera ruptura, ni tampoco completa nivelación. Debido a los edificios que sobrevivían a su grandeza pasada, la ciudad seguía siendo a los ojos de todos predominante. No sólo una iglesia sino varias, y toda una aureola de abadías suburbanas. No sólo un montículo, una fortaleza aislada, sino un conjunto potente de fortificaciones. La costumbre de reunirse aquí en ciertas fechas permanecía. Una red siempre frecuentada de vías convergía hacia los puertos. Y sobre todo, un privilegio que compartió con la realeza, similarmente afectada en la misma época por esta evolución política, el de mantener una vocación de hegemonía. Derechos

susceptibles de ser reivindicados en circunstancias más favorables. Todo esto constituyendo los fundamentos incommovibles de una eventual reposición.

Los signos de esta restauración se multiplican en todo el espacio francés en las proximidades del año mil. Debido a que la población de las ciudades y su actividad comercial decrecieron considerablemente entre el siglo VI y el siglo X, pero sobre todo porque la noción de un progreso (del cual la burguesía comerciante e industrial sería el agente) se ha impuesto durante mucho tiempo al espíritu de los historiadores, éstos hablan aún gustosamente de "renacimiento" urbano aunque las ciudades no hubiesen nunca muerto. Es verdad que matizando la expresión. A propósito de Lyon a finales del siglo XII, René Fédou prefiere la palabra "eclosión". "No porque, dice él, la *civitas lugdunensis* no hubiera seguido siendo una ciudad a través de las experiencias vividas, ni porque algunos jalones que testimonian su progresión no pudieran ser revelados sino porque ella no había tomado aún más que una modesta parte en el despertar de los intercambios". (¿Cuáles son estos jalones? La aparición de un "burgo", de un nuevo barrio edificado, que testimonia el crecimiento demográfico, la construcción de un puente sobre el saône, prueba de la reanimación del tráfico). Hacia 1180, cuando las empresas de los negociantes lyoneses toman vuelo, cuando los burgueses lyoneses arrancan a sus señores, el obispo y los canónigos de la catedral, el reconocimiento de su franquicia, es claramente el momento en que Lyon aparece a los ojos de este excelente sabio "bastante fuerte, activa y poblada como para merecer el nombre, sujeto a caución de ciudad". Extensión topográfica, reviviscencia de la economía monetaria, libertad conquistada: para él la ciudad "eclosiona" cuando se puebla to-

davía más, cuando los negocios se despliegan en ella, cuando la "democracia" se instaure allí. Es decir, cuando se revela un dinamismo, un espíritu de progreso que es habitual oponer a la pasividad y a las rutinas campesinas.

Sin embargo, con toda la evidencia, el motor del "renacimiento urbano" del siglo XII fue la vitalidad de la cual los campos eran desde hace tanto tiempo el lugar, el flujo de prosperidad agraria del cual se adivinan los primeros síntomas en los siglos VII y VIII y que se lo ve aumentar a fines del primer milenio. Fue con inmigrantes provenientes de las aldeas cercanas como las viejas ciudades se poblaron y los excedentes producidos por el trabajo campesino fueron los que las enriquecieron. El mundo rural secretó generosamente todos los fermentos del progreso. No es menos evidente que si las ciudades llegaron a atraer a sus muros el aumento de hombres y de bienes que les permitió "renacer", extraer nuevo provecho de las ventajas de su emplazamiento y de su situación, fue en virtud de los poderes religiosos, militares, políticos que permanecían condensados en su casco. En el punto más bajo de la regresión, por muy menoscabado que hubiese sido el espacio citadino, contraído, invadido por los rebaños y las cosechas, la sociedad urbana conservaba la singularidad de reunir los señores más poderosos y las más fuertes servidumbres del territorio. Sobre esta estructura particular se apoyó el arranque de vigor cuyo resorte era la reviviscencia campesina. Como en el buen tiempo del esplendor de las ciudades antiguas, las residencias de la aristocracia se aglomeraban en la ciudad, palacio del rey en todas las ciudades de Ile-de-France, palacio del obispo, palacio del conde en Rouen, en Troyes o en Mâcon; alrededor de estas moradas principales se apiñaban alojamientos satélites, los de los



Marta Ramírez: "Manglar", 1994, acrílico sobre lienzo, 120 x 150 cms.

canónigos, los monjes, los caballeros. Cada una de estas casas seguía siendo el centro de una señoría enraizada en los territorios de los alrededores. No era el comercio, eran las prerrogativas señoriales las que, en el marco del modo de producción feudal, hacían confluir naturalmente las provisiones hacia el lugar privilegiado donde se aglomeraban los "hoteles" de los detentadores del poder. Las rentas de la tierra alimentaban aquí, como siempre, consumos ostentosos, para el derroche en la fiesta. Fiestas religiosas que escandían el calendario litúrgico; fiestas feudales, esos flujos que periódicamente todo señor debía encauzar con el fin de manifestar su supremacía por medio del amplio despliegue de sus liberalidades. Y como siempre, afluían por consiguiente a la ciudad los visitantes, curas de pueblo, vasallos enfeudados, y todos los pobres que acudían a participar de las distribuciones rituales de beneficios y de regocijos. Permanencia: debido a la gavilla de derechos que se trenzaba en el perímetro urbano, la ciudad, predadora, continuó apropiándose durante las épocas oscuras de la alta Edad Media de lo que ella podía capturar de la riqueza rural para dilapidarlo en la gratuidad festiva.

Desde la época carolingia, ella había reconstruido sus iglesias, las había decorado como efecto de un primer empuje de vitalidad tímido todavía. Para hacer más esplendoroso este ornamento y esta generosidad obligatorias, se empleaba a los criados que los señores de la ciudad reclutaban entre los siervos de sus dominios —tantos como podían— y entre los cuales algunos se especializaban. Unos eran enviados a buscar lejos lo que hace los encantos de la vida noble y que no se encuentra en el lugar. A otros se le ordenaba fabricar los objetos que son los signos y los instrumentos del poder. Debido a que el rendimiento provenía siempre de las se-

ñorías rurales, los artesanos se multiplicaron en la ciudad: viñateros que suministraban el vino de calidad con el cual el patrón esperaba colmar a sus huéspedes, "fabres", "fèvres", esos hombres que no trabajan el suelo, que forjan el hierro de las corazas y de las espadas, que engastaban los ornamentos del altar, obreros que tiñen las telas, que acuñan las piezas de moneda que servían a las riquezas de los amos antes de servir a los intercambios. Forjas, fuegos, y era éste todavía un rasgo específico del espacio urbano, el estar constantemente amenazado, periódicamente devastado por el incendio. No obstante, no lo olvidemos, estos talleres, las caravanas comerciantes que salían a la aventura no tenían autonomía en los primeros tiempos. Eran servicios domésticos. Lo que se llamaba el burgo no era otra cosa que un anexo de la morada de los grandes, una oficina especializada en provisiones que el campechano era incapaz de entregar, las pesquisas llevadas a cabo en las ciudades de Polonia lo han mostrado claramente. Aquellos a los que se denominaba burgueses obedecían todos a las órdenes de un patrón, se esforzaban por satisfacerlo, estrictamente subyugados. Como eran subyugadas las comunidades judías, residuos de esas colonias de traficantes orientales que se habían instalado en las ciudades galo-romanas. La ciudad medieval no fue, como lo enseñaba hace poco Henri Pirenne, despertada de su adormecimiento por el camino, por el tráfico de larga distancia. El impulso fue a la inversa. Enriquecida por la plusvalía creciente de sus explotaciones agrícolas, la aristocracia urbana, dispendiosa, exigía siempre más mercancías importadas de tierras extranjeras. Una tal demanda hizo que se activaran los lugares de encuentro comerciales, las ferias y lo que los documentos carolingios llaman los **portus**,

áreas especialmente dotadas para el control de las transacciones. Estos órganos de aprovisionamiento eran para la mayoría exteriores a las ciudades, a menudo inestables. La existencia de algunos de ellos fue efímera. Se busca hoy penosamente los rastros en el estuario de la Canche de Quentovic, etapa importante en el siglo IX sobre uno de los principales itinerarios del negocio. Ni Tumbout ni Messines, ni Lagny, ni Montagnac, donde no obstante se gestionaban en el siglo XII y XIII los grandes negocios, se convirtieron en ciudades. Los puntos de fijación a los cuales se encontraban subordinadas esas encrucijadas y toda la red de caminos, en los que ellas se anudaban, fueron los lugares donde se establecían los principales consumidores, los principales beneficiarios del poder, firmes troncos donde se anclaban el poder de tomar y el deber de gastar, aglomeraciones de palacios, de torres, de iglesias donde se agrupaban los hombres dedicados al ocio y las compañías serviles encargadas de asegurarles su felicidad. La historia tradicional, obsesionada con la idea de renacimiento, habla de "núcleos preurbanos". Se trataba simplemente de que las ciudades existieron antes, ahora y siempre, seguras de su pasado. No perdamos de vista esta continuidad estructural que está en la base de todas las rupturas de ritmos.

Ella no excluye la innovación. Esta, a partir del siglo XI, revistió esencialmente dos aspectos: por una parte, como se dice, se multiplicaron los "núcleos preurbanos" como consecuencia de la disociación feudal. Apareció en medio de los campos compitiendo con las ciudades antiguas: las abadías que habían sabido atraer a los peregrinos alrededor de sus relicarios, algunos capítulos canónicos mejor situados, las fortalezas en las cuales los jefes habían colocado vastos territorios bajo su suje-

ción. En la puerta de este cerco de murallas, religiosas o militares, germinaron caseríos. Algunos de ellos arrebataron a las formaciones urbanas anteriores la preeminencia y capturaron en su provecho, parcial (pienso en Cluny o en Hyére) o totalmente (pienso en Montepellier eclipsando a Maguelonne o a Mauguio) la autoridad y sus beneficios. Por otra parte, en todos esos focos de poblamiento, se emanciparon los domésticos, que en las grandes casas asumían las responsabilidades más pesadas, los jefes de servicio, los minestres, los más hábiles artesanos. Muy pronto, los mercaderes encargados de aprovisionar los palacios y los monasterios se pusieron a comerciar por su propia cuenta, al mismo tiempo que servían a su patrón; compraban con sus denarios un suplemento de cargamento que revendían al regreso, a lo largo del camino o bien en su ciudad. Los viñateros, los panaderos, los tejedores, los bordadores, los orfebres se acostumbraron a vender, quizás primero subrepticamente, un poco de su producción; ellos se hicieron a una clientela; ésta aumentó puesto que, en el crecimiento general, el nivel de vida se elevaba en todos los grados del edificio social. De esta manera cada ciudad se volvió un mercado, atrayendo gente urbana o gente rural, parroquianos cada vez mejor provistos de moneda. Una cooperación se estableció entre los fabricantes de objetos de valor y los negociantes, que se dedicaron a distribuir lejos lo que fabricaban estos artesanos. Símbolo de la magnificencia de los detentadores de la soberanía, del poder real de fijar la medida de las cosas, el numerario desde entonces sirvió principalmente para los intercambios. Los señores no se opusieron a esto, pues encontraron ventajas. Sacaron de otra manera provecho de su poder, sonsacaron a sus dependientes una gran porción de su bene-

ficio. Pero no llegaron a perderlo todo. Los negociantes fueron los primeros en enriquecerse, luego las gentes de oficio. Los impuestos señoriales los molestaban. Se unieron para comprar a sus amos la atenuación del sistema de explotación. Ganaron poco a poco "libertades", es decir, exenciones fiscales. El derecho a reglamentar entre ellos sus querellas, a cotizarse, a escoger representantes les fue además la mayoría de las veces otorgado. Los más emprendedores de los burgueses llegaron a erigir en señoría colectiva la asociación de la cual se habían encargado, es decir la comuna. Esta se apropió de algunas de las prerrogativas judiciales y militares que el obispo, el capítulo catedralicio, los monasterios urbanos y los guerreros de la ciudadela ejercían solos hasta el momento, tanto en el interior como en los accesos al espacio citadino. Por un completo vuelco, en la ciudad donde en otro tiempo predominaba la servidumbre, el aire en lo sucesivo se volvió más libre, como lo dice el refrán tan conocido. Esta libertad y todo el dinero con el cual se habían llenado los cofres de los burgueses atizaron en los hombres y en las mujeres de los pueblos el deseo de establecerse en la ciudad. Las corrientes de inmigración se ampliaron. Al mismo tiempo se acentuó la originalidad del género de vida urbana.

En la ciudad no se respiraba solamente más libertad. Los vínculos de solidaridad enlazaban aquí a personas iguales. El cuadro familiar se encontraba menos bloqueado, las fortunas más fluctuantes. Preponderantes, las actividades mercantiles y productivas predisponían a actuar, a hablar, a pensar de otra manera, si no por el número de aquellos que se dedicaban a ellas, al menos por las ganancias que aseguraban a los más hábiles y por su posición en el sistema de valores. Los moralistas del siglo XII han reconocido claramen-

te y han expresado enfáticamente esta particularidad cultural. Frente al pueblo, poblado de buenos salvajes, trabajadores meritorios seguros de su salvación, señalaron la ciudad como un lugar de perdición, la sentina de todos los vicios, debido a que el dinero tenía aquí el principal papel. Era necesario pues en la ciudad predicar el evangelio de otra manera, en otro tono. De hecho, empezó a elaborarse un nuevo cristianismo para la práctica de la población urbana. Mientras la vanagloria de ser ciudadano rechazaba toda la cultura campesina como de inmadurez, de vulgaridad, de bestialidad, se colocaron las armaduras de una ideología completamente nueva, la ideología del progreso, que consideraba mejores los valores de libertad, igualdad, de provecho, de productividad fructuosa. Exaltando precisamente los rasgos distintivos que las circunstancias de su renovación acababan de imprimir a la formación social urbana.

Por otro lado, la parte de poder de la cual llegó a apoderarse, la burguesía la utilizó en primer lugar para atribuirse un monopolio económico. Caracterizado por la parcelación de la soberanía, el modo de producción feudal favorecía una tal empresa. Esto fue, subraya John Merrington, lo primero que aseguró, en la historia, un lugar estructuralmente autónomo al capital mercantil. La comunidad burguesa se propuso reservar sólo a sus miembros las operaciones comerciales más lucrativas. Ella acantonó las gentes del campo en la producción de las materias brutas, de los granos, de la lana, del cuero, de la carne, de la madera, del hierro, acaparando el derecho de procesarlos y de revenderlos. Relegó a los más desposeídos de los peones a los "suburbios" ["banlieue"], en el espacio sometido a su destierro [ban], a su poder de sometimiento, pero fuera de

sus muros, lugar [lieu] privilegiado de las franquicias.

Durante tres siglos, las ciudades se desarrollaron de esta manera, extrayendo su vitalidad progresiva del campo, matriz generosa. Ellas tomaron cuerpo, tomaron fuerzas. Llegó un momento en el cual esas fuerzas rebasaron las del sustrato nutricional. Los resortes principales del crecimiento económico se trasladaron entonces a las ciudades y sus suburbios. El momento de este traslado decisivo se puede datar en Francia del norte en los decenios que rodean el año 1200 (la época de la eclosión lyonesa, según René Fédou) y un poco antes quizás, en Francia del sur.

El que fuera determinado por un factor político, por la forma en la cual en todos los tiempos la potencia estuvo repartida entre la ciudad y el campo, da cuenta de las formas que revistió desde entonces la empresa de la economía urbana sobre la economía rural. Los burgueses, principales detentadores del capital monetario, se mantuvieron fascinados por el modelo señorial. En Ile de France, en Flandes, como también en las ciudades meridionales, flanquearon la caballería. El servicio feudal obligaba a ésta a mantener periódicamente guarnición en las torres de la ciudad. Escogió en el siglo XIII prolongar sus estadías en un lugar donde la existencia era menos deslucida. Los caballeros despreciaban a la gente del común; los mantenían a distancia. Debían sin embargo comportarse bien con ellos: eran sus acreedores, en ocasiones yernos. Los burgueses más acomodados imitaban las maneras caballerescas. Quisieron cabalgar, combatir, habitar un albergue de piedra, mostrarse cortesés, hacer a toda costa olvidar su "villanía". Quisieron sobre todo compartir la ociosidad que distingue al noble de los otros. Vivir como rentistas, es decir, sacar-

le la mayor parte de sus recursos a una señoría rural. Gustar del ocio en una casa de campo, alimentado con el trabajo campesino fue el ideal del noble. Los mercaderes y los artesanos enriquecidos emplearon pues sus denarios en dominar feudalmente a los campiranos. El capital burgués se invirtió principalmente en la tierra. Se vio las propiedades burguesas extenderse en aureola alrededor de Toulouse, de Lyon, de todos los centros urbanos. Eran a veces señoríos bien montados, cedidos por nobles de vieja cepa arruinados por el lujo y la guerra. Más a menudo, los hombres de negocios las construían ellos mismos. Guardaban, bajo las apariencias torpes de la cortesía, el sentido del provecho. Compraban tierras baldías, se dedicaban a hacerlas producir, organizando en las faldas de los terruños aldeanos dominios compactos dedicados a la cría, a producir lo que se vendía mejor, y a lo que se denominaba en ciertas regiones, de manera significativa, "herbajes"*. Más a menudo también, reglamentaban las viejas formas contractuales de la dependencia rústica, adelantaban dinero. Este era cada vez más necesario para los campesinos, cada vez más escaso en los pueblos. Los burgueses lo prestaban a los pastores, apropiándose de una parte del rebaño, a los obreros de viñas, otorgando una porción de las vendimias, a los agricultores, gravando para su provecho la tierra con rentas perpetuas, poblados de agentes de comercio, de traficantes, de taberneros, de tenderos que negociaban los productos menores del artesanado urbano, pequeños burgos satélites propagaban hasta en los ranchos los hábitos citadinos de consumo. Así se tejieron las mallas de una vasta red, dupli-

* En francés la palabra "herbajes" es "gagnages"; es clara su proximidad con "gagnant", la persona que gana, y con el verbo "gagner", que significa ganar. (N. del T.).

cando el circuito de las prestaciones "feudales", aprisionando al campesinado en el endeudamiento, desecando los frutos de su labor, empujándolo a esforzarse más todavía, a exigirle siempre más a los campos, a los bosques, a los pastos, a forzar el suelo hasta agotarlo, provocando de esta manera las sobrecargas, los deterioros, la disminución de productividad cuyas crisis en el siglo XIV fueron la consecuencia. Agregando a los poderes que ella tenía por derecho aquellos que le confería el dinero, la ciudad no dejó de agravar sus punciones. Parásita? ¿O más bien motor del desarrollo? El parásito vive de su huésped. El problema tal como lo plantea E. A. Wringley, es saber si el huésped hubiera vivido mejor sin el parásito. De hecho, el sometimiento de los campos a la economía urbana no se dio sin contrapartida. Ciertos beneficios se dejaron difícilmente estimar: los de la paz que la ciudad aseguraba porque ella era necesaria para sus empresas, los de una cultura que difundía, que continuaba especialmente expandiendo las formas de religiosidad que se habían forjado para ella. De la ciudad vinieron en todo caso beneficios más tangibles: los caminos, los puentes, el instrumento monetario, toda una infraestructura que favorece la comunicación y el intercambio, quitando barreras, estableciendo maneras de conducirse y de pensar cuyos efectos saludables debían hacerse sentir plenamente en el siglo XV, pasada la gran ola

Es por lo demás cierto, tan considerable como fue el acrecentamiento de poderío resultante de la explotación de las riquezas rurales, que los fundamentos de la supremacía citadina permanecieron de orden político. Notable es la coincidencia entre el momento en el cual se afirma la preponderancia de la economía urbana y aquél en el que el Estado se restaura, apo-

yándose precisamente para esto sobre las ciudades. Este es el reino de Philippe Auguste. Y el poema escrito a la gloria de este soberano, la **Philippide**, celebra esta evidente conexión, cuando él muestra la autoridad del monarca irradiándose hasta los confines del reinado por medio de las ciudades y de los burgos. En las "buenas ciudades", donde los reyes se acostumbraron a hacer su "entrada" solemne, se hallaban los cofres de donde el príncipe sacaba holgadamente el más obvio de sus recursos monetarios. Tesoros celosamente protegidos, sólidamente encerrados, inexpugnables. Para esto se forma de allí en adelante el asiento de toda estrategia. Los ejércitos que quemaban las cosechas, arrasaban los viñedos y saqueaban los pueblos, se extenuaban vanamente en sitiar las ciudades fortificadas. En el umbral del siglo XIV, la monarquía empezó a requerir el consejo de delegados de las buenas ciudades, cuando se trataba de finanzas. En las reuniones de estados generales o provinciales, los representantes del clero y de la nobleza fueron reunidos por los de las comunidades urbanas. Del Tercer Estado, permaneció completamente excluido el pueblo campesino. La burguesía lo constituyó por entero, negociando su ayuda y aprovechando la nueva organización de los poderes para fortalecer la dominación de su economía en los campos. Puesto que en efecto la primera preocupación del príncipe era la de percibir dinero, puesto que la fuente esencial de este dinero era la renta raíz, él consintió de buen grado en reforzar los medios que tenían los rentistas de las ciudades para explotar al campesinado.

Esta política volvió a la burguesía cómplice de los otros órdenes privilegiados, el clero y la nobleza. Defendió con ellos el orden social contra las rebeliones rurales. En un primer momento, había en ocasio-

nes atizado el fuego mientras que luchaba todavía para hacerse admitir en el círculo de los que se aprovechaban del modo de explotación estatal. Así ocurre en 1358. Sobre la Jacquerie, que en la conciencia colectiva aparece como símbolo de la insurrección campesina, Raymond Cazelles acaba de establecer, de manera convincente a mi parecer, que la incitación viene de las ciudades de la Ile de France, entonces agrupadas alrededor de París, arrastradas por el preboste de los mercaderes parisinos. Ciertamente, los agricultores condujeron la acción violenta. Pero fueron movilizados por los dirigentes burgueses quienes deseaban, destruyendo los castillos, reducir la estructura regional a sólo dos elementos, la ciudad fortificada y el llano país. El movimiento fracasó, la nobleza salió más vigorosa aún; los monopolios urbanos no por ello se consolidaron menos. Desde entonces, cada vez que las hordas se levantaron contra el impuesto, contra el diezmo y los derechos feudales, los nobles de las ciudades, los de Romans por ejemplo, concurrieron alegremente a aniquilar a los aldeanos. Bajo el Antiguo Régimen, no es necesario buscar en el medio urbano el fermento revolucionario. Se encuentra al otro lado de las murallas. En los terruños y entre los pasturajes.

Más asilada que nunca por los dispositivos de la fortificación moderna que exigía demoler las moradas ruinosas de los suburbios, arrasar las excrecencias con el fin de despejar un amplio espacio vacío delante de los lienzos de murallas y de los baluartes, la ciudad aparece en el siglo XVII y en el siglo XVIII replegada sobre sus provechos egoístas. Desconfiada, temerosa de la peste y las revueltas, atestada. Permanencia aún de las relaciones de sociedad: la concentración de las funciones de justicia, de celebración religiosa y de defensa, la acumulación del capital raíz

hicieron crecer, dentro del cinturón de los bulevares, a la multitud de las gentes de servicio, obligados, miserables alrededor de las vastas moradas de los conventos, de las mansiones de la aristocracia de espada, de sotana o de finanzas, donde bajo el mismo techo los amos y el excesivo número de sus domésticos vivían juntos. Contraste tan abrupto como en las ciudades de la antigüedad romana entre una "buena" sociedad de ricos fanfarrones y la plebe pobre vergonzante, irónica y ladrona. Y como en las ciudades antiguas, las empresas de urbanismo vinieron a erigir entre los tugurios los monumentos de la majestad civil, de la autoridad soberbia y magnífica, casas de ayuntamiento, palacios de justicia, prisiones, hospicios, graneros. Ellas hicieron correr en riachuelos el agua de las fuentes, nivelaron las plazas reales, plantaron alamedas de árboles al tresbolillo, trazaron en línea recta las cortes, los paseos públicos, las avenidas para las ostentaciones de la urbanidad, para que cada quien viera bien a los pobres socorridos, vigilados, reclutados, aplicados en orden al trabajo redentor, los ricos rodeados de la reverencia necesaria para los ejercicios de su caridad, y las potencias de la naturaleza sometidas a la rectitud por medio de los ordenamientos de la razón. En un tal decorado se hacía alarde de la superioridad de los citadinos ante los miserables de las afueras, miserables que Artur Young, en las inmediaciones del Nantes opulento, descubrió sumergidos en la miseria y en el embrutecimiento. Campos y ciudades cara a cara. Dos culturas enfrentadas. La prosperidad llevó la una y la otra a su apogeo a comienzos del siglo XIX mientras que se expandían aquí, a menudo vivificadas por el mecenazgo de un castellano que venía de vez en cuando a jugar al bienhechor del pueblo, las formas de lo que nosotros llama-

mos folklore y que allí se situaban esas instituciones específicamente urbanas, las academias, los teatros, los liceos y los periódicos.

Fue necesaria la revolución industrial para romper finalmente con las continuidades que, en la profundidad de las estructuras, se habían prolongado durante dos milenios. Esta ruptura es pues muy reciente: mi abuelo ya había nacido. Las innovaciones de la tecnología, el impulso de la industria pesada, principalmente el de un nuevo medio de transporte, el ferrocarril, abrió una era nueva: el tiempo de las estaciones. ¿No fue la estación de ferrocarril, a fines del siglo XIX, por sus proporciones soberbias y por el conjunto de signos que exponía, el equivalente de lo que había sido setecientos años antes la catedral gótica, la expresión arquitectural mayor del orgullo urbano y, por sus travesaños metálicos, por la glorificación que hacía del vapor y de la velocidad, la deslumbrante contradicción de las viejas culturas terrestres? La instalación de la red férrea provocó la reclasificación de las ciudades, descalificando aquellas que, a pesar de su prestigio tan antiguo y tan fuertemente arraigado, mostraron reticencia a conectarse a ella. Debido a que cien años antes su municipalidad había rechazado acoger el ferrocarril, Aix-en-Provence (cuando yo me instalé allí hace menos de treinta años), a pesar de su arzobispado, su universidad, su palacio, sus cuarteles, no contaba con más habitantes que en el siglo XVIII, y su aspecto había apenas cambiado: la Corte, las mansiones soberbias, los albergues con vastas caballerizas, las casas de los negociantes de almendras sobre el emplazamiento de las antiguas fortificaciones, y bruscamente, sin transición, la campiña y sus quintas.

Lo que, sin embargo, marcó claramente la ruptura fue el nacimiento y sobre to-

do el brusco desarrollo de aglomeraciones de naturaleza completamente nueva. Por su tamaño y su vocación económica, ellas merecían perfectamente el nombre de ciudad [ville]: estaban ampliamente pobladas, y por trabajadores cuya mayoría no practicaba la agricultura. Diferían, no obstante, de la ciudad [cité], y de manera tan profunda que aparecen como su negación absoluta. Su población se reunía también alrededor de un "núcleo preurbano". Pero este germen no fue, como en el siglo XI, una catedral, una fortaleza, uno de los asientos del poder político, fue un establecimiento industrial. Ahora bien, las cristalerías, las herrerías, las hilanderías se habían naturalmente establecido en las proximidades de las fuentes de energía y de materia prima, en las vecindades de los bosques, de las aguas corrientes y de las minas, y generalmente lejos de las ciudades [cités], puesto que ellas reclutaban sus obreros, a muy bajo salario, en los sectores menos evolucionados de la sociedad rural. Cuando los perfeccionamientos técnicos, las facilidades de transporte y la apertura del mercado hicieron que se concentraran las actividades productoras en algunas de estas fábricas y, al mismo tiempo, se multiplicaran allí los puestos de trabajo, el abanico de las parcelas que se extendía alrededor de ellas recordaba evidentemente esos suburbios, tan difusos, que se habían implantado, alrededor del año mil, sobre los residuos de las ciudades romanas. Empero, y ésta era una primera diferencia, la posición que estos conglomerados de habitación ocupaban en el territorio no era central, como la de las formas urbanas que los habían precedido, sino que ella era marginal. Por este hecho, estos puntos de poblamiento se parecían ante todo a los "herbajes", establecidos en el siglo XIII por los capitales burgueses en los espacios aún no cultivados, se-

parados de los viejos terruños, de sus restricciones y de sus solidaridades colectivas. Mientras que, segunda diferencia, debido a los rendimientos de producción que se estrechaban allí, se parecía más aún a las antiguas **curtes**, a esas grandes granjas de la muy alta Edad Media donde tropas serviles se fatigaban bajo la vigilancia del dueño y de sus mayordomos, donde las mujeres y las hijas de los siervos dependientes, encerradas en el gineceo, hilaban y tejían la lana y el cáñamo. No hace mucho tiempo, Le Creusot de los Schneider, conservaba el aspecto del gran dominio carolingio con sus casas obreras flanqueadas, como lo eran las "masías" de los colonos en el siglo IX, con un pequeño jardín para que no se pierda nada de la fuerza productiva alienada, que se dispersaba en pequeños grupos, a buena distancia de las áreas reservadas, la del castillo, las de sus parques y de sus talleres. ¿Qué había allí realmente de público? Todo era, abiertamente o no, privado, la autoridad verdadera por supuesto, pero también las escuelas, el hospital, las mismas iglesias parroquiales, colocadas bajo el vocablo del santo protector del patrón, cuya estatua tutelar se erigía en la plazuela. Patronato: el vocabulario no engaña. La población reagrupada en este nuevo tipo de ciudades podía aparecer efectivamente alimentada, alojada, educada, amonestada por el empresario, sometida a su dominación paternal, como una vasta domesticidad, una "familia" análoga a la que formaba en la Galia la mano de obra de las **villae** rústicas, mil años antes de que se inaugurara la época del movimiento comunal. ¿Podríamos decir que en estas ciudades el aire hacía a la gente más libre que en otra parte?

En la expansión de la producción capitalista, después de que se rompieron las cadenas de los viejos monopolios, simila-

res aglomeraciones manufactureras vinieron a aglutinarse en las ciudades antiguas, en aquellas que al menos se encontraban ventajosamente situadas en los ejes de la circulación. Las ciudades [cités] fueron sitiadas, penetradas, lo que hizo cambiar su carácter. Ellas crecieron en ocasiones desmesuradamente. La zona de fortificaciones que las encerraba desapareció, borrada, colmada por la expansión de los suburbios obreros. Las afueras formaron como un nuevo cerco, denso, incoherente, sofocante, que encerraba el centro, aislándolo aún más de los campos. Una gran parte del pueblo campesino se vertió allí, desorientada. El espacio urbano se dividió. Una segregación topográfica separó, reunidos como en dos campos hostiles, la burguesía del proletariado, los "bellos barrios" de los otros, donde la lucha por las libertades democráticas se organizaba en torno a las casas del pueblo, a las bolsas de trabajo, donde no se hablaba el mismo lenguaje, donde la vida tenía otro sabor. Campo de una actividad laboriosa que no tiene en cuenta los azares climáticos, emancipada de tiranías naturales, mercado de consumo siempre más exigente, enorme "vientre", la ciudad de Emile Zola asfixiará aún más con su influencia a aquellos campesinos cuyas ilusiones no habían sido aún desarraigadas, forzando la agricultura a convertirse a su vez en una especie de industria.

En toda Europa occidental, la evolución fue parecida a la que yo sumariamente he descrito, exceptuando las discordancias aquí y allá de la cronología y los matices que provienen de la ausencia, de la debilidad o bien de la profundidad acentuada de la impronta romana. Sin embargo, la historia urbana de Francia no se parece de ninguna manera a la de Alemania o a la de Italia. Su singularidad tiene que ver principalmente con la presencia

de París. Esta presencia, hay que decirlo, nos ha entorpecido: ¿cómo, en un estudio general del fenómeno urbano, dar su justo lugar a la capital? Dado que, de principio a fin de la civilización francesa, corre una frontera, tan clara quizás como entre la campiña y todas las ciudades: ella separa a París de la provincia. La oposición fue más fuertemente percibida en los tiempos modernos. Leamos Restif de La Bretonne, Rousseau, que proclaman que Francia sería mejor si París fuera destruida. Sobre esta oposición, los Girondinos fundamentaron su estrategia; sobre ella Balzac construyó el plan de la **Comedia humana**. Existía no obstante desde hace siglos. En su origen se encuentra una vez más el hecho político. Lutèce se había modificado como todas las grandes ciudades de la Galia romana; había perdido su nombre, tomado el del pueblo de la **civitas** de la cual era el núcleo; se había replegado en el rincón reducido, protegido por los castillejos donde se erigían el palacio y la catedral. Acaeció que en el siglo XII, el rey de Francia escogió hacer en este lugar su estancia de predilección, fijar allí los órganos más importantes de su gobierno. Esta decisión cambió todo. Desde entonces, en efecto, el poder del soberano no dejó de extenderse. Recubrió lentamente el reinado hasta sus confines. Corrió sus límites. Sin que esta extensión regular lo desalojara de su centro. Recursos siempre más abundantes afluyeron pues aquí: el dinero, y por consiguiente, la vivacidad de los grandes negocios, el tecnicismo de los artesanos más refinados. Los hombres también: a comienzos del siglo XIV, París estaba cinco o seis veces más poblado que las más florecientes de las "buenas ciudades". París reinaba sobre la cultura, diseminaba por todos lados las modas, el saber de las escuelas, las consignas, las palabras, maneras de expresarse que la

élite, en el reino entero y más allá, se esforzó en imitar. París fue el foco de todas las vanguardias. Quien lo abandonaba creía exiliarse. Porque era la ciudad del rey, su cosa. Muy temprano, el rey la había considerado como su bien más caro, encerrada en una vaina protectora; allí él no sufrió la comuna; para vigilarla mejor, construyó la Bastilla. En los siglos XV y XVI, los azares de la política, al llevar a la corte real a instalarse en otra parte, eclipsaron apreciablemente este esplendor. Otras ciudades, Tours, Lyon, aprovecharon un poco este desplazamiento, durante algún tiempo. Pues París, la gran ciudad, logró pronto recuperar su rey. Lo retuvo. Versalles se edificó bastante cerca de ella para no sustraer nada de sus encantos. Contra Versalles, la Revolución fue parisina. Y las formaciones políticas que sucedieron a la monarquía del Antiguo Régimen heredaron su espíritu centralizador y se aferraron de manera más tenaz aún a la ciudad capital. Una tal concentración fue de duras consecuencias. Ella mantuvo en posición subordinada a todas las otras ciudades del Estado francés, donde cada cual se esforzaba en comportarse "a la manera Parisina". Las ciudades "de provincia" fueron así despojadas de una parte notable de sus atributos, de sus funciones, de su creatividad, por este gigante que los sobrepasaba en todo, ciudad de ciudades, corazón hipertrofiado del órgano político cuyo poderío absorbente, después de siete siglos de hegemonía, a pesar de todo esfuerzo hecho por otras metrópolis para equilibrar en ella las presiones, no parece hoy disminuido.

Mientras que ante nuestros ojos se esboza una última mutación que esta vez parece muy capaz de destruir el objeto mismo de este estudio: la ciudad. La ciudad se descompone y, es debido a que sus atractivos seculares se encuentran uno a

uno cuestionados, porque el sentimiento de que ella es una prisión deletérea, donde uno se asfixia, de la cual habría que evadirse, y de la que se huye en efecto en cada ocasión, se aviva. ¿No están las verdaderas riquezas en otro lado? En el sistema de valores construido por las gentes de las ciudades, la campiña siempre había sido mostrada bajo dos aspectos opuestos: era el lugar del embrutecimiento, era el lugar de la felicidad de vivir. Desde hace cien años, la luz se desplaza poco a poco hacia la segunda de estas caras. Comenzó a hacerlo desde que el espacio urbano se volvió muy denso y cuando empezó la desagregación de las formas habituales de la sociabilidad urbana. Por largo tiempo eso fue como un sueño. Se soñaba con altivez ante los paisajes de Théodore Rousseau, de Millet, de Claude Monet, de Cézanne. Luego se soñaba con ciudades-jardines. El régimen de Vichy soñó con un regreso a la tierra. Es así como desde hace treinta años las innovaciones técnicas llegan hasta los monopolios culturales que detentaban las ciudades, disminuyen los obstáculos de la distancia, autorizan las aglomeraciones para relajarse, para extenderse en la ruralidad que las rodea, y para que las residencias secundarias, los supermercados, los campos universitarios, los laboratorios,

los talleres que no se distinguen ya de las empresas agrícolas modernizadas se establezcan en medio de los campos. Fusión progresiva de la ciudad y del campo. ¿Se verá mañana, simultáneos, el final de los ciudadanos, el final de los campesinos, unos y otros mezclados en un mismo paisaje híbrido, y las grandes ciudades acabar por diluirse entre los espacios verdes y los parques naturales? A este "mundo que hemos perdido" pertenece, en realidad, la ciudad, al mismo título que la campiña. Nos encarnizamos en proteger lo que queda todavía de la civilización tradicional. ¿Es menos urgente salvaguardar los vestigios de ésta en el seno de las estructuras de la ciudad, puesto que éstas son destruidas, tan rápido como radicalmente, por la monstruosa dilatación del organismo urbano? El mejor conocimiento del pasado de estas formas de convivencia que vemos deshacerse debe ayudar a preservarlas, a restaurar al menos algunas de ellas. A esto quiere contribuir la obra que presento aquí. Y puesto que el viejo mito está moribundo, el que privilegiaba desmesuradamente los valores ciudadanos oponiéndolos a los valores rurales, es posible que su agonía nos haya permitido escribir más libremente, más lúcidamente esta historia.